

El Instituto de Investigaciones Filosóficas

(Informe de doce años)*

□ Fernando Salmerón

— I —

Hace doce años —exactamente 12 años y 56 días— que el doctor Eduardo García Máynez me hizo entrega de la dirección del *Instituto de Investigaciones Filosóficas*, entonces *Centro de Estudios Filosóficos*. Unos meses antes, en una ceremonia pública presidida por el doctor Ignacio Chávez, en aquel año rector de la Universidad, el propio García Máynez había hecho una breve exposición de la historia del centro.¹ Durante su desempeño como director de la Facultad de Filosofía y Letras y con la colaboración de un grupo de profesores de filosofía, en su mayor parte adscritos a la Facultad, García Máynez fundó el centro en agosto de 1940. Desde esa fecha, promovió sus tareas de modo sistemático, inició una biblioteca especializada y logró las primeras publicaciones con ayuda de aquel grupo de colaboradores que encontró, en el nuevo organismo, una oportunidad de intercambio intelectual y un lugar propicio para la discusión filosófica. Cinco años más tarde, el *Estatuto* de la Universidad elevó el *Centro de Estudios Filosóficos* a la categoría de instituto autónomo, aunque no modificó su nombre, y pocas semanas después, la Junta de Gobierno designó como director del centro a quien había sido su fundador. A partir de 1954, con el paso a la Ciudad Universitaria, comienza el periodo de “institucio-

nalización”, el nombramiento de los primeros investigadores de carácter permanente, la ampliación de la biblioteca y la creación de las series de publicaciones que no se han interrumpido hasta la fecha. Las páginas en que García Máynez ha evocado esos recuerdos suenan, a la distancia de los años, como un relato de tiempos heroicos, y cuando se repara en la nómina de aquellos que colaboraron, de una u otra manera, con el centro, se ve desfilar casi completa la historia de la filosofía en México de poco más de dos décadas.

Para 1965, el presupuesto de nuestro instituto había alcanzado la cifra de \$897,720.00; la biblioteca reunía casi 8,000 volúmenes y además, recibía 43 revistas, entre las que llegaban por intercambio y las que se adquirían por suscripción. El cuarto piso de la Torre de Humanidades había sido adaptado ese año: cada uno de los investigadores disponía de un cubículo para trabajar y la biblioteca tenía espacio suficiente. Éramos en total nueve investigadores de planta, de los cuales solamente ocho trabajaban en esa fecha a tiempo completo y, entre ellos, uno gozaba de una larga licencia: García Máynez, De Gortari, Miguel Bueno, Leopoldo Zea, Recaséns Siches, Robert S. Hartman y Alejandro Rossi, además de Bernabé Navarro y de mí, que nos habíamos incorporado el año anterior. Seis de los nombrados estaban clasificados en la categoría más alta, dos éramos adjuntos y uno auxiliar. La clasificación corría parejas con la pirámide de edades de aquel grupo: el mayor número había nacido en las dos primeras décadas del siglo; tres habíamos nacido después de 1920; y solamente uno,

* Marzo 3 de 1978.

¹ García Máynez, E., “Breve Historia del Centro de Estudios Filosóficos”. *Diánoia, Anuario de Filosofía*. Núm. 12 de 1966, pp. 240-248.

después de 1930. En esa fecha no había becarios. Las diferencias, sin embargo, no eran sólo de carácter generacional: las había en cuanto a las disciplinas cultivadas; en cuanto a las orientaciones filosóficas y a los métodos; y, sobre todo, en cuanto a la formación. De tal manera que no hubiera podido decirse que al menos dos de los nueve investigadores trabajaban en un área siquiera cercana de problemas filosóficos, que hiciera posible no ya su colaboración sino su útil contacto. Hasta el punto de que, el propio García Máñez pudo escribir en 1965, en la ya citada historia del centro, que la índole misma de nuestras investigaciones era lo que excluía la labor de equipo.

Esta situación tenía un lado indudablemente positivo: la libertad irrestricta que presidía nuestras tareas en todos los órdenes, con la sola condición de presentar un plan anual de actividades, rendir informe de su cumplimiento y, eventualmente, dar a conocer sus resultados en las publicaciones del instituto. Algo parecido sucedía con nuestra labor docente, que cada investigador cumplía por su cuenta en las diversas escuelas y facultades de la Universidad. Tenía otro aspecto menos positivo, que no quisiera exagerar pero tampoco pasar por alto porque, al fin y al cabo, no era responsabilidad de nadie sino característica derivada de la composición del Centro de Estudios, cuyos rasgos quiero describir. Se trataba, para decirlo en una palabra, de la ausencia de un verdadero clima de colaboración intelectual, que hiciera posible la discusión filosófica en torno a tópicos comunes, sobre la base de un mínimo de criterios de método.

Entre mis primeras experiencias de las reuniones del centro, además de las conferencias para celebrar los 25 años de su fundación, justo en 1965, recuerdo en primer término una reunión de los investigadores para discutir sobre la naturaleza de la investigación en filosofía. La diversidad de los puntos de vista me descubrió, en toda su gravedad, el panorama que he tratado de señalar, y me llevó a escribir, al año siguiente, un ensayo sobre ese tema. Este texto, junto con otro que intentaba justificar la función de la filosofía frente a otras áreas de investigación, escrito en 1967 para una reunión de científicos, tenían en el fondo la intención de aclarar para mí mismo, la naturaleza de las tareas

del instituto y su papel dentro de la Universidad.² Todo esto dentro del marco de ideas de lo que fue el desarrollo de la filosofía analítica hasta el comienzo de los años sesentas, y la filosofía de la ciencia en ese tiempo a mi alcance. Personalmente, estos trabajos marcan el comienzo de la subordinación de mis escritos a las necesidades del instituto y la cátedra, por encima de cualesquiera otras tareas a largo plazo —en la última instancia la decisión, de que no me arrepiento todavía, de participar más en la vida filosófica de mi país, que de hacer propiamente filosofía. Institucionalmente, aquellas ideas —para bien o para mal—, explican una buena parte de los proyectos iniciados desde la dirección del instituto durante los últimos doce años. Pero solamente una parte, porque tampoco eran las únicas ideas: pesaban también mi propia formación y mis trabajos previos, ambos tan ajenos a las tradiciones filosóficas de lengua inglesa como distantes de la reflexión sobre la ciencia. Y más que todo esto, pesaba el ejemplo de ese ambiente de libertad institucional a que he aludido, que ya había probado por largos años su eficacia como fórmula de convivencia y como estímulo para la producción intelectual.

— II —

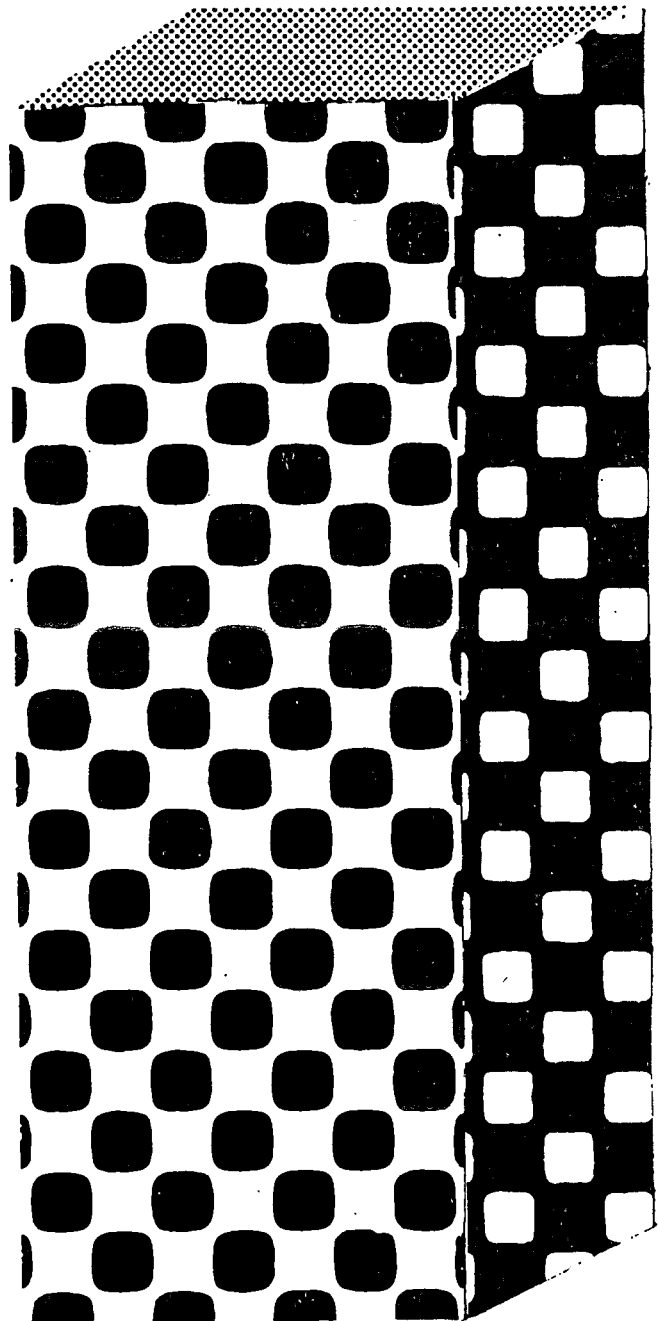
Los doce años recientes pues, fueron presididos por una voluntad de continuidad en los planes del centro, de respeto por la labor de sus antiguos miembros, y de intento de llevar a la práctica lo que se ha llamado el arte tolerante de la traducción filosófica. Al mismo tiempo, se hizo lo posible por enfrentar las dificultades de la investigación y los problemas derivados del desarrollo del instituto. Todo dentro de una amplia perspectiva en cuanto a las orientaciones filosóficas contemporáneas, pero con el máximo rigor en relación a los niveles de la tarea investigadora de manera que, con el tiempo, fuera posible integrar grupos de trabajo más afines por su formación. Se buscaba también atender aquellas áreas que, desde el punto de vista de la

² Ambos textos fueron recogidos posteriormente en el libro *La filosofía y las actitudes morales*, Siglo XXI Editores, México 1971.

Universidad, parecían más prometedoras para investigaciones interdisciplinarias o simplemente como apoyo al trabajo de otros institutos.

Lo logrado en este tiempo ciertamente no ha sido mucho. Sin duda es menos de lo que el instituto requería, y seguramente también es menos de lo que se intentó. El esfuerzo invertido es, sin embargo, mucho mayor de lo que pudieran juzgar quienes no participaron en él de manera cercana. Aunque en verdad el esfuerzo ha sido de muchos universitarios: en primer lugar de las autoridades más altas, que nunca negaron apoyo económico a los programas del instituto; en segundo lugar, de los investigadores mismos, del personal técnico, del administrativo y de los becarios. Personalmente, quiero añadir que el trabajo de la dirección hubiera sido imposible de cumplir sin la colaboración cercana de algunos de ellos. A reserva de nombrar después a quienes prestaron especial ayuda en el trabajo editorial, muy por encima de lo que hubieran podido ser sus deberes académicos, debo decir que compartieron responsabilidades en la tarea diaria de la dirección —aunque en diversa medida y por distintos periodos—, los siguientes colegas: García Máynez, consejero del centro por disposición de Estatuto hasta su retiro —y después consejero a título personal; Bernabé Navarro, Hugo Padilla, Alejandro Rossi, Jorge Graue y Javier Esquivel, que a lo largo de estos doce años se hicieron cargo de la secretaría del instituto. De los nombrados empero, fue Rossi el más cercano a la dirección en el periodo en que hubieron de tomarse resoluciones decisivas.

Para el desarrollo de una institución, doce años son un plazo muy corto. A pesar de que este periodo ha sido rico en acontecimientos para la vida de la Universidad —hay que recordar que su crisis actual comienza justo en 1966—, y que su impacto en las labores diarias ha sido visible, poco hay que decir que los cambios en la organización del instituto. El 15 de diciembre de 1967, el Consejo Universitario aprobó modificaciones al Estatuto y el antiguo centro tomó su nombre actual de *Instituto de Investigaciones Filosóficas*. Posteriores modificaciones del citado Estatuto llevaron a la organización del Consejo Interno del Instituto y, el 5 de septiembre de 1973, la totalidad de los investigadores



aprobamos un Reglamento Interno que dio forma jurídica al Consejo y a sus Comisiones. Desde 1974 hemos vivido una experiencia interesante pero, por desgracia, una experiencia en algunos aspectos negativa. Lejos de operar como órganos auxiliares y de consulta de la dirección, las comisiones —y alguna vez el Consejo Interno mismo—, se convirtieron en los últimos años en órganos no sólo de control sino de censura de la dirección e hicieron más difíciles sus tareas.

De acuerdo con el citado reglamento, el Consejo Interno es autoridad del Instituto. Está integrado por el director, todos los investigadores de tiempo completo, un representante de los de tiempo parcial y un representante de becarios. El secretario académico del instituto es el secretario del Consejo, pero no tiene voto en sus decisiones. La organización descrita hace del Consejo un órgano demasiado amplio, en el que participan con igual peso todos los investigadores, lo mismo si son definitivos que si son por contrato, con tal de que cumplan el requisito de trabajar tiempo completo. Aparentemente, una organización democrática tiene ventajas porque asegura la solidaridad en las decisiones, pero la participación de un número amplio de personas en las reuniones, hace que este cuerpo sea poco flexible en cuanto se ocupa de asuntos académicos —como, por ejemplo, el ingreso de nuevos investigadores. Por el contrario, resulta poco eficaz si se trata de evaluar, por ejemplo, el cumplimiento de los programas de aquellos que lo integran.

Hasta ahora, la dirección ha fallado en sus intentos de reorganización del Consejo por representantes de grupos de investigadores en consideración a sus áreas de trabajo y estableciendo preferencias, para la representación, que tuvieran en cuenta requisitos de jerarquía y definitividad. El derecho del resto de los investigadores para participar en la toma de decisiones quedaría garantizado indirectamente por su representante y, en segundo término, por su intervención en el Colegio de Investigadores, cuyo peso en la vida académica del instituto es notoriamente restringido.

Más aún que la organización, han cambiado otras características del instituto. En la fecha de este informe el número de investigadores asciende a 21 y, además, hay cinco becarios en el extranjero ha-

ciendo estudios de postgrado y seis en el propio instituto, aunque de éstos solamente uno estudia maestría, mientras el resto está por terminar su licenciatura. El aumento en el número de investigadores y becarios ha llevado también, es cierto que a un ritmo más lento, al aumento del personal administrativo y a la creación de tres plazas de técnicos académicos —para el servicio de la biblioteca y de las ediciones—, además de la ampliación en el espacio de nuestros locales. Ha sido puesto a disposición del instituto, y parcialmente amueblado, el tercer piso de la Torre de Humanidades, de manera que disponemos en total de 24 cubículos para trabajar, además de un aula para reuniones de seminario y una pequeña sala para conversaciones informales. Están elaborados los proyectos de adaptación de la planta baja de este mismo edificio, que el instituto compartirá con el de Investigaciones Estéticas, seguramente en el curso de este año. En ese espacio quedarán las bibliotecas de los dos institutos, con todos sus servicios, además de una sala de conferencias. La biblioteca del instituto posee ahora 15,500 volúmenes, y recibe 110 revistas filosóficas especializadas por suscripción, además de 46 que llegan como canje de nuestras publicaciones. En 1969 se recibió como donativo una parte de la biblioteca personal y del archivo de José Gaos, que contiene una porción considerable de sus manuscritos. En fin, el presupuesto total del instituto alcanza, para 1978, la cifra de \$13.615,382.00 M.N.

Vale la pena hacer referencia también a la composición del instituto y a la jerarquía de sus miembros. De los 21 investigadores son de tiempo completo solamente 14, de medio tiempo seis y uno es emérito. El emérito es García Máynez. Son definitivos en la categoría de titulares: Elí de Gortari, Miguel Bueno, Bernabé Navarro, Alejandro Rossi, Mario Bunge, Enrique Villanueva, Mario Otero, Ramón Xirau y yo. Permanecen a contrato pero son también titulares: Hugo Margáin, Carlos Ulises Moulines, José Antonio Robles y Raúl Quezada. Son definitivos en la categoría de asociados: Javier Esquivel y Margarita Valdés. Y trabajan por contrato los de más reciente ingreso: José Manuel Favila, Miguel Koltenuk, Salma Saab, Olga Elizabeth Hansberg y Margarita Ponce, algunos de

los cuales forman parte todavía del programa de formación de personal académico del instituto, del que se dirá algo más adelante. De los 21 nombrados, tres gozan actualmente de licencia: uno se encuentra en la Universidad McGill (Montreal); otro en la de California (Santa Bárbara); el tercero presta servicios en nuestra universidad, a cargo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico.

Pero si doce años son pocos en la vida de una institución, son muchos en cambio —quizá demasiados—, en la vida de un hombre, sobre todo si se cuentan entre aquellos que pertenecen a su edad madura. Durante este tiempo, el instituto ha perdido a algunos de sus antiguos miembros: Robert S. Hartman, fallecido el 21 de septiembre de 1973, y Luis Recaséns Siches, fallecido el 4 de julio del año pasado.³ Leopoldo Zea renunció el 18 de febrero de 1966 para pasar a la Facultad de Filosofía y Letras, el año que se hizo cargo de la dirección de ese organismo, al que permanece adscrito. García Máynez pidió su retiro el 10. de agosto de 1970, aunque ha seguido ligado al instituto por su carácter de investigador emérito.⁴

— III —

Si el primer problema del instituto en 1966 tenía que ver con su composición, dada la diversidad en la formación y en los intereses de sus miembros; el segundo —en modo alguno desligado del anterior—, consistía en preparar su renuevo. Los proyectos principales de la dirección durante los últimos doce años, estuvieron dirigidos a estas dos cuestiones.

El plan de preparar nuevos investigadores, eligiendo los candidatos de entre los alumnos más distinguidos de la Facultad, se inició desde 1966.

³ Como homenaje a estos dos miembros fallecidos, el instituto ha decidido publicar una relación bibliográfica de su trabajo. La bibliografía directa e indirecta de Hartman se encuentra en prensa en el volumen *Bibliografía Filosófica Mexicana 1974*. La de Recaséns Siches está en preparación.

⁴ Para rendir homenaje a su antiguo director y fundador, con motivo de su retiro, el instituto publicó la bibliografía directa e indirecta de García Máynez en el volumen *Bibliografía Filosófica Mexicana 1970*.

Al terminar ese año y en los primeros meses del siguiente, salieron al extranjero los primeros becarios apoyados por el instituto. No todos, por supuesto, llevaban beca de la Universidad Nacional de México: el apoyo del instituto consistía en gestionar las becas y ayudar al candidato en la elección de su centro de estudio, así como en la preparación de su proyecto con vistas a su futura incorporación al mismo. En este renglón se contó con la colaboración de múltiples agencias, además de la Universidad Nacional: el Instituto Nacional de la Investigación Científica, la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Banco de México y las embajadas de varios países.

Los primeros graduados que salieron al extranjero fueron: Armando Morones a la Universidad de Munich y Roberto Caso Berch a la de Berkeley. Posteriormente, Enrique Villanueva salió a la Universidad de Oxford y José Antonio Robles a la de Stanford. Poco después, salieron Margarita Valdés y Olga Elizabeth Hansber; la primera al Smith College en Conway, Massachusetts, y la segunda a la Universidad de Michigan. Algunos años más tarde, Hugo Margáin marchó a Oxford y Ana María Richter a la Universidad de Colonia, en Alemania. Finalmente, Salma Saab a Cambridge y Raúl Quezada a Oxford. Pero a partir de Margáin el experimento había cambiado substancialmente: el instituto organizó mejor sus procedimientos para elegir candidatos y, dentro del programa general de formación del personal académico de la Universidad, estableció los becarios adscritos al instituto, como paso previo a su salida a las universidades extranjeras.

Tres investigadores, Alejandro Rossi, Luis Villoro y yo, enseñábamos en ese tiempo en los primeros años de la licenciatura, y nuestro conocimiento de los alumnos nos permitía localizar —casi siempre de común acuerdo—, a aquellos que parecían mejor dotados para la investigación. Al finalizar la licenciatura o, en ocasiones, un año antes de esto, los estudiantes pasaban al instituto como becarios, a cargo de un investigador que hacía las funciones de tutor. De esta manera se iniciaban en las tareas de investigación y en el manejo de la biblioteca; participaban en las reuniones de los investigadores y en los seminarios de los profesores

visitantes; finalmente, concluían sus tesis de grado sobre un campo bien definido de problemas que permitía elegir el centro extranjero para estudios de postgrado con un margen mayor de seguridad y con un entrenamiento previo mejor dirigido. En los primeros años, la carga más pesada de esta tarea como tutor de becarios correspondió a Alejandro Rossi, más tarde la compartimos otros investigadores y, en los años recientes, ha quedado en manos de los más jóvenes, de los investigadores extranjeros, y especialmente de la primera generación de becarios ya incorporada al instituto.

Hasta el momento, el programa no se ha interrumpido, más bien se ha intensificado. En este año, cinco becarios trabajan en el instituto para sus tesis de licenciatura, y uno más prepara su tesis de maestría.⁵ Pero cumplieron ya su tiempo con nosotros y se encuentran fuera del país haciendo estudios de postgrado: Alejandro Herrera en la Universidad de Indiana, en Bloomington; Jorge Graue en Bielefeld, Alemania; Alvaro Rodríguez, en Oxford; Elia Nathan en la Universidad de Brandeis; y Alejandro Tomasini en la de Varsovia. Además, está a punto de salir a Bloomington, José Manuel Favila.

La relación anterior no quiere decir que todos los becarios adscritos al instituto en una primera etapa, hayan pasado después a hacer sus estudios de postgrado en el extranjero. Muchos han elegido otros caminos ajenos a la vida académica o se han incorporado a otras instituciones antes de concluir sus estudios de postgrado, ya sea en la propia Universidad Nacional, ya sea en la Autónoma Metropolitana o en diversos organismos dedicados a la enseñanza de nivel medio.⁶ Tampoco debe entenderse que todos aquellos que fueron becados a universidades extranjeras volvieron al instituto y permanecen en él. De los 15 aspirantes a investigadores que han salido al extranjero con becas gestionadas

por el instituto, hay que descontar los cinco que aún no concluyen su encargo. De los otros diez que dieron por concluidos sus estudios, dos se incorporaron temporalmente al instituto y se retiraron después para servir a otros organismos, y uno decidió residir definitivamente en el extranjero. Esto significa que se han podido reclutar, en un plazo de 12 años, solamente a 7 investigadores a través de este programa de formación de personal. Cabe añadir que de estos 7 investigadores que actualmente forman parte del Instituto, solamente 2 de ellos obtuvieron en el extranjero el grado de maestría —y ninguno obtuvo el doctorado. Los demás volvieron sin grado y, hasta la fecha, sólo uno de ellos ha obtenido el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional.

El programa ha resultado ser el único practicable hasta ahora para preparar investigadores en filosofía; sin embargo, tiene inconvenientes que obligan a estudiar nuevas opciones para un futuro próximo. La estancia en el extranjero de la mayor parte de nuestros becarios ha sido bastante prolongada y el periodo de readaptación a su regreso tampoco ha sido breve. El procedimiento tiene garantizado el renuevo del instituto con niveles académicos apreciables, pero es demasiado lento y ha contribuido a retrasar otras actividades. De 15 jóvenes que fueron a hacer estudios de postgrado a universidades extranjeras, con becas en cuya gestión intervino el instituto, se incorporaron como investigadores y quedan en su seno menos de la mitad. Por su escaso número de investigadores, el Instituto de Filosofía permanece como uno de los más pequeños del ala de humanidades de la Universidad: apenas mayor que el de Investigaciones Históricas, prácticamente igual al de Investigaciones Estéticas, es todavía menor que el Colegio de Filosofía de la Facultad.⁷

El programa era, además, adecuado en otro sentido: orientaba a los becarios hacia las áreas más prometedoras del pensamiento contemporáneo —lógica, filosofía de la ciencia y del lenguaje—

⁵ Corina de Iturbe, Héctor León López, Sebastián Lamo-yi, José Manuel Orozco, María del Carmen Silva y Javier Suárez.

⁶ Han sido becarios del instituto: Hugo Iriart, José Castillo Farreras, Ute Schmidt, Ana María Richter, Francisco Pimentel, Miriam Rudoy, Humberto Martínez, María Elena Madrid, Luis Felipe Segura, Rogelio León Olivé, Ana Rosa Pérez Ransanz, Adolfo García de la Sierra, Jorge Álvarez, Jasmín Renter, José Luis Carvajal y Socorro García.

⁷ En la Facultad de Filosofía y Letras, pertenecen al Colegio de Filosofía, aparte de los profesores de asignatura entre los cuales hay que contar a los investigadores del instituto, 22 profesores de carrera, de los cuales 16 son de tiempo completo y 6 de medio tiempo.

y a un tiempo procuraba la mayor diversidad en los centros elegidos para completar su formación. De esta manera, pretendía asegurar niveles de actualidad y de apertura en las orientaciones filosóficas que, con el tiempo, permitieran integrar grupos de investigación de mayor cohesión, pero de claro sentido crítico. La lentitud de sus resultados, sin embargo, obligó a intentar una tarea complementaria para mantener sin rezago las funciones permanentes del instituto: la incorporación de nuevos investigadores ajenos al programa. En primer lugar, parecía indispensable abrir las puertas a aquellos jóvenes que, sin formar parte del programa, hubieran alcanzado una preparación semejante por otras vías. Fue así como ingresaron Javier Esquivel en 1973 y José G. Newman en 1976. Esquivel venía del campo del derecho, más tarde había llevado cursos de filosofía en la Universidad de Munich y, finalmente, había reanudado estudios formales en la Facultad. Y Newman, que sólo permaneció un año en el instituto, venía de hacer estudios de psicología y había pasado un tiempo en Londres, donde obtuvo una maestría especialmente dirigida a la filosofía de las ciencias sociales. Otros jóvenes de esta generación habían hallado sitio en la Facultad o en otras instituciones universitarias que por esos años iniciaron actividades o ampliaron sus áreas de filosofía. La mera apertura a los jóvenes no comprendidos en el programa se mostró también insuficiente.

Hacia 1970 se planteó la necesidad de abrir concursos, con exigencias académicas mayores, para lograr un grupo de candidatos filosóficamente productivo, que viniera a ocupar un lugar intermedio entre los investigadores que por su edad estaban avocados al retiro y la nueva generación de graduados que empezaba a incorporarse al instituto. Wofilio Trejo firmó un contrato en 1970 y, dos años más tarde, renunció a sus tareas para pasar como profesor a la Facultad de Filosofía. En cambio, dos profesores que habían ganado prestigio en la Facultad y que, por muchas razones estaban ligados desde tiempo atrás con el instituto, ingresaron a éste como titulares: Luis Villoro en 1971 y Ramón Xirau en 1974. Xirau permanece como investigador de tiempo completo, pero Villoro dejó el instituto en 1975 y pasó a la Unidad Iztapalapa

de la Universidad Autónoma Metropolitana como Director de la División. Villoro estaba interesado en problemas de epistemología, filosofía de la historia y filosofía política, mientras que Xirau trabajaba en cuestiones de estética y de historia de la filosofía.

A los concursos respondieron también investigadores de origen latinoamericano, residentes fuera de México, pero interesados en incorporarse al instituto: Mario H. Otero ingresó a fines de 1974; Mario Bunge en 1975; y Carlos Ulises Moulines, el más joven de todos, al año siguiente. Otero provenía del Uruguay, donde había sido director de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, y se había doctorado en París en lógica y metodología de la ciencia. Bunge, de origen argentino, venía de enseñar en varias universidades de Europa, Estados Unidos y Canadá, con un prestigio como filósofo de la ciencia que hacía años había rebasado las fronteras de nuestro idioma. Moulines, especialista en historia y filosofía de la ciencia, de nacionalidad venezolana, había hecho estudios en Barcelona y Munich, donde obtuvo su doctorado en el seminario de Wolfgang Stegmüller. Por desgracia, este proyecto de incorporar investigadores extranjeros encontró algunas dificultades, y hubo de ser abandonado después de 1976. Con lo logrado hasta esa fecha había sido posible, sin embargo, reforzar un área de investigación que hasta entonces no había sido atendida en forma preferente.

— IV —

De haber seguido en práctica aquel proyecto de incorporar algunos investigadores extranjeros en su periodo de madurez, se hubieran reforzado otras áreas de investigación del instituto, por ejemplo: ética y filosofía del derecho o historia de la filosofía. De cualquier modo, para 1975 el antiguo instituto había cambiado notablemente su composición y reorientado sus preferencias filosóficas de una manera natural, sin graves tensiones internas. Al revisar los proyectos individuales de investigación, para preparar cada año el presupuesto por programa, era posible disponerlos en cuatro grupos afines

en alguna medida: epistemología y filosofía del lenguaje, historia y filosofía de la ciencia, ética y filosofía del derecho, y estética e historia de la filosofía. Dejando a un lado este último grupo, de los demás puede decirse que a las afinidades temáticas corresponde también, siquiera en términos muy generales, una cierta cercanía en los métodos. Puede decirse también que a partir de ellos será fácil intentar en muy poco tiempo un marco más racional para la colaboración de los investigadores a partir de áreas de trabajo. Estas áreas han de ser el espacio permanente para la discusión no improvisada, para el surgimiento natural de investigaciones realizadas por más de un miembro del instituto, para el clima intelectual que los becarios recién graduados deben hallar en el momento de su ingreso, y aún para organizar el gobierno del instituto, por la participación de representantes en el Consejo Interno.

La organización de grupos de investigadores es, por otra parte, la base para la planeación de las investigaciones propiamente dicha. Facilita la presentación global de los proyectos individuales y permite subrayar las líneas generales que cruzan cada uno de ellos, lo que no deja de tener ventajas académicas. Lo usual en los institutos de humanidades —al menos en el de filosofía—, ha sido presentar los proyectos uno al lado de otro y preparar la información para el presupuesto anual sumando los requerimientos de gastos de todos ellos. A largo plazo, en cambio, solamente se habían preparado los proyectos de la dirección: en rigor, planes de incorporación de nuevos investigadores, de publicaciones, de ampliación de locales y de adquisiciones para la biblioteca; no planes de investigación. Ahora están dadas las condiciones para hacer planes de investigación, para la mejor organización de los recursos a partir de un diagnóstico de la situación del instituto que delimite los campos en que se lleva a cabo investigación y señale aquellos en que no se hace o se hace de manera más débil. Tal delimitación ha permitido definir objetivos, asegurar la continuidad de los proyectos y, en último término, mejorar la comunicación entre investigadores y obtener el consenso necesario para la marcha del instituto. Sólo con posterioridad a un plan de esta naturaleza era posible concebir otros más

específicos como el de formación de investigadores dedicados a temas de lógica y filosofía de la ciencia, de epistemología y de filosofía de la lógica, de filosofía de la psicología y de la historia, por ejemplo. O incorporar investigadores no comprendidos en el programa anterior y dedicados a campos diferentes, como la filosofía de las ciencias sociales y la filosofía del derecho. Y así otros de que se hablará más adelante.

También están dadas las condiciones para llevar a cabo nuevos planes de docencia, si se toma en cuenta que estos planes son un derivado natural del trabajo conjunto de la dirección y de las áreas.

Desde siempre, la función docente del instituto se ha reducido a la enseñanza que sus investigadores imparten —a nivel de licenciatura y de graduados—, en la Facultad de Filosofía y Letras y en otras escuelas universitarias, pero su influencia aun en la que se acaba de nombrar no ha sido notable salvo en el campo de la lógica y de la filosofía de la ciencia. En 1974 y 1977, la dirección del instituto presentó con ayuda de investigadores del área, sendos proyectos para ampliar sus tareas docentes concentrando su acción en el nivel de maestría, mediante procedimientos que permitieran aprovechar la experiencia adquirida en la tutoría de becarios. Se pretendía, en colaboración con otros organismos de la Universidad, el establecimiento de cursos de maestría en filosofía de la ciencia con dos opciones, una en ciencias sociales y otra en ciencias exactas y naturales. El segundo proyecto contemplaba sólo la primera opción. Ambos, sin embargo, tropezaron con diversos inconvenientes, entre los cuales no fue el menor la ausencia temporal de alguno de los investigadores especialistas del área.

De ponerse en práctica proyectos de este tipo, el instituto puede representar un papel destacado y, desde luego, distinto al de cualquier otro instituto dentro de la Universidad, en la medida en que puede servir de puente natural entre varias disciplinas y de auxiliar en las tareas de investigación. El interés de la filosofía en cuestiones relacionadas con la investigación científica, especialmente con sus supuestos y sus métodos, permite cumplir una labor útil en la buena formación de investigadores de alto nivel en otras disciplinas. La filosofía de la ciencia es un área en la cual la demanda de

profesorado por parte de la Universidad Nacional es cada vez más intensa, ya no se diga por parte de otras universidades del país. Si se lograran vencer los obstáculos que hasta ahora han impedido la realización del proyecto, habría oportunidad de canalizar en esta dirección algunos de los programas que se han puesto en marcha en los últimos años (incorporación de investigadores extranjeros, selección de profesores visitantes y formación de nuevos investigadores). Otro campo en el cual el instituto está en condiciones de organizar programas de docencia —cursos de especialización, cursos de actualización—, es el relativo a filosofía del lenguaje, ética y filosofía de la mente. Sobre este punto no se ha elaborado ningún proyecto específico y, tal vez, lo más conveniente sería la organización de cursos breves para profesores en ejercicio, fundamentalmente de provincia, que pudieran dictarse durante los meses de verano. A partir de cualquiera de estos dos programas de docencia, el instituto podrá convertirse, con el tiempo, en un centro de entrenamiento internacional y podrá recibir a jóvenes graduados en filosofía, como becarios o como visitantes. Ya se han tenido experiencias con becarios latinoamericanos y están en camino los convenios para investigadores visitantes.⁸

— V —

Del hecho de que el instituto haya incrementado su capacidad de investigación y de docencia en ciertas áreas, se han derivado actividades secundarias que no podemos dejar de registrar. A partir de 1966, el instituto inició, de una manera regular, reuniones de sus investigadores, con el fin de que discutieran sus propios trabajos filosóficos. A medida que las circunstancias dieron a estas reuniones un carácter ocasional, cambió su organización, y se incorporaron a ellas los investigadores visitantes, los becarios y, finalmente, un número creciente de

⁸ El profesor Jesús M. Lemos Bustamante, de la Universidad del Cauca, Colombia, pasó dos semestres en el instituto, entre 1972 y 1973, como becario del International Legal Center, para prepararse en filosofía del derecho. Los primeros pasos para un convenio de intercambio de investigadores han quedado establecidos con el Instituto de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela.

personas ajenas al instituto dedicadas a las especialidades científicas más diversas. Pronto las reuniones se hicieron públicas y la responsabilidad de su organización pasó directamente a manos de los investigadores o de grupos de ellos —pero siempre con el respaldo del instituto. Entre otras series de reuniones, deben recordarse al menos las siguientes: el ciclo dedicado a Bertrand Russell en 1972, con motivo del centenario de su natalicio.⁹ El *Coloquio sobre metafísica de las personas y filosofía de la mente*, celebrado en diciembre de 1974.¹⁰ El *Seminario de Filosofía Contemporánea*, cuya segunda serie de reuniones, en los primeros meses de 1977, estuvo dedicada a la filosofía de Strawson, y en la que participó personalmente el propio profesor de Oxford.¹¹ Finalmente, el *Coloquio Semanal de Filosofía*, iniciado durante el segundo semestre de 1975, bajo la dirección de Mario Bunge; después seguido por Mario Otero y Ulises Moulines, a partir de 1977, con el nombre de *Seminario de Filosofía e Historia de la Ciencia*. Esta última serie de reuniones ha mantenido continuidad a lo largo de todos los periodos semestrales de actividad escolar y ha venido a constituir un centro permanente de discusiones interdisciplinarias. Al margen de estas reuniones surgió la *Asociación Mexicana de Epistemología* que, en unión del instituto, ha aparecido en los últimos semestres como patrocinadora del seminario.

Actividades secundarias como las que se acaban de mencionar, pueden dar idea del esfuerzo por mantener un clima de trabajo filosófico propio para la colaboración intelectual. Durante estos años fue corriente además, sostener diversas formas de colaboración con otros institutos y facultades universitarias, aunque no con la intensidad que hubiera sido deseable. La totalidad de los investigadores hemos enseñado filosofía en diversas facultades de una manera regular, la mayor parte en

⁹ En este ciclo participaron: Ramón Xirau, Roberto Caso Bercht, Margarita Valdés, Wonfilio Trejo, Nicolás Molina Flores, Fernando Pérez Correa, Carlos Pereyra, Enrique Suárez Gaona y Luis Villoro.

¹⁰ Presentaron ponencias en este coloquio: Sidney Shoemaker y David Pears; participaron como replicantes, W. Trejo, E. Villanueva, H. Margáin y Gareth Evans.

¹¹ Intervinieron en este seminario: J. M. Favila, H. Margáin, R. Quezada, Salma Saab, E. Villanueva, J. Esquivel, C. Ulises Moulines, W. Trejo, O. Hansberg y J. A. Robles.

Filosofía y Letras, otros en Ciencias, Derecho o Ciencias Políticas. Algunos han cumplido, durante un tiempo, funciones de coordinación o jefaturas de área y se han encargado de dirigir seminarios. Al menos tres han sido simultáneamente profesores con medio tiempo en alguna facultad de la Universidad y medio tiempo en el instituto. En fin, muchos eventos organizados en ocasión de la visita de filósofos extranjeros, han sido patrocinados a la vez por el instituto y por otro organismo universitario. Y la relación se ha extendido a trabajos editoriales, por ejemplo: la edición de la *Bibliografía Filosófica Mexicana* que, desde sus inicios en 1970, ha sido una empresa común del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y del de Investigaciones Filosóficas; el volumen colectivo que tiene en prensa la Coordinación de Humanidades sobre *25 Años de las Humanidades en México*, al que ha contribuido un investigador del instituto; o la edición bilingüe de *Institutio Logica* de Galeno, que se encuentra en marcha, producto de la colaboración de un miembro del Instituto de Investigaciones Filológicas con otro de Investigaciones Filosóficas; sin contar con trabajos de investigación interdisciplinaria propiamente dicha, publicados por un miembro del instituto con la colaboración de otro del Instituto de Matemáticas, a propósito de filosofía de la física.¹²

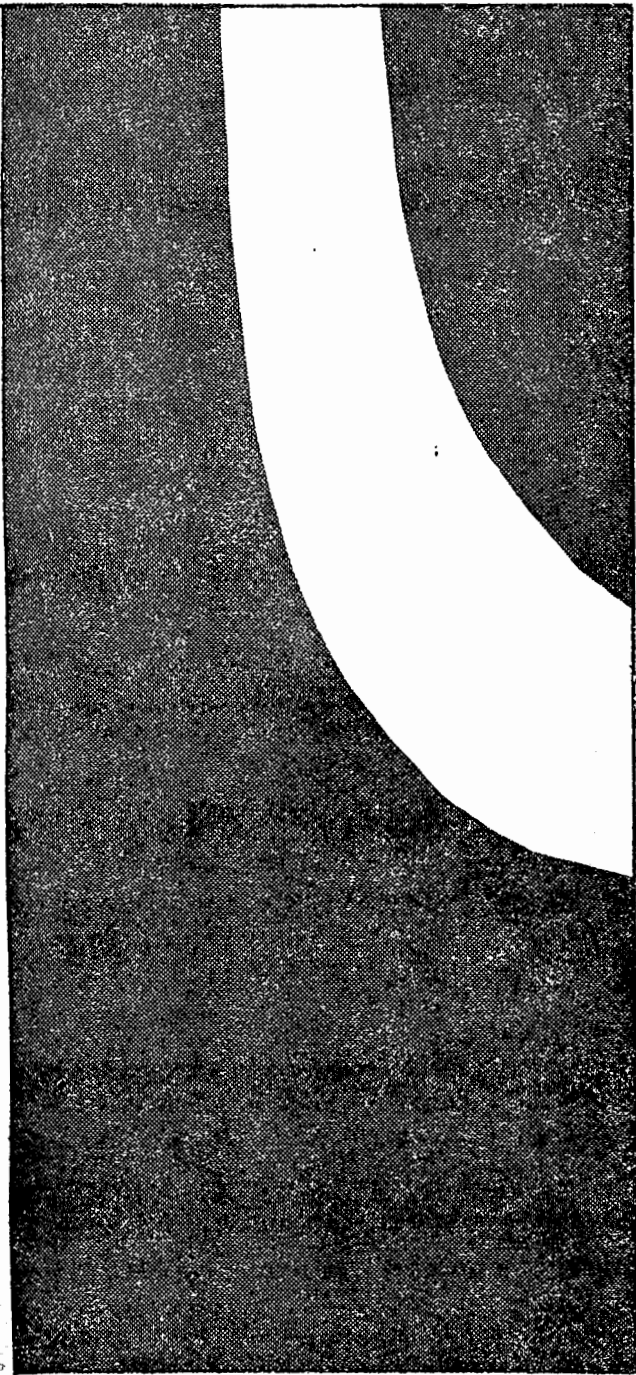
Tal esfuerzo no quiere decir que no hubiera tropiezo en la realización de tareas comunes, o incluso en las formas de convivencia filosófica de los miembros del instituto entre sí o con relación a los de otros organismos universitarios. Un centro de filosofía —o una facultad universitaria—, no es solamente un lugar de encuentro de diferentes filosofías, sino, ante todo, de filósofos. Y las polémicas entre filósofos a veces van más allá de puntos estrictamente teóricos: una cierta porción de la vida filosófica incluye este elemento de disputa, fuente de frustración y desgaste —aunque por excepción, también de mejora en el argumento y de descubrimiento de motivos de error. Entre nosotros ha habido lugar para la disputa, como ha habido lugar para el silencio. Índice de vitalidad en unos casos,

¹² Me refiero al texto de M. Bunge y A. García Máynez publicado en mimeógrafo en 1976: *A relational theory of physical space*.

no en otros, en la vida reciente del instituto han brotado las polémicas con diversa energía: a propósito de la ruptura y la continuidad del pensamiento hispanoamericano, de la necesidad de los lenguajes formalizados, del sentido de la lectura de Wittgenstein, del valor científico del análisis del lenguaje, de los límites de la metodología de la ciencia, o de la utilización no filosófica del marxismo en la Universidad. No siempre llegaron los desacuerdos a la letra impresa, pero no por esto fueron ocasión de daños menores a las tareas internas del instituto —y aún a lo que podría llamarse, en términos amplios, nuestra naciente comunidad filosófica.

Sin embargo, nada parece haber contribuido de manera más cierta a mejorar la atmósfera académica del instituto y su nivel de participación en la actividad filosófica internacional, si se hace cuenta aparte de las publicaciones, que otro proyecto iniciado en 1967: el de los investigadores visitantes. Desde aquel año, el instituto ha recibido investigadores extranjeros de una manera regular por términos que van de uno a tres meses, independientemente de las visitas ocasionales por plazos más breves. La experiencia ha demostrado, no solamente que los trabajos originales de los visitantes que el instituto ha publicado a partir de esa fecha han sido una adquisición importante, sino que el intercambio cercano con miembros de otras universidades era indispensable para mantener el nivel de actualidad que exige la investigación filosófica en condiciones normales. Es de notarse que, si durante los primeros años dominaron en número los visitantes de lengua española y trataron en sus seminarios y cursos asuntos más apropiados a los intereses de los estudiantes graduados de la Facultad, en los últimos años el requisito del idioma ha pasado a un segundo lugar y las materias de los seminarios han estado más ajustadas a los intereses de los investigadores y becarios del propio instituto.

Seguramente la lista no es completa, pero merece la pena retener algunos nombres de quienes nos han visitado por plazos mayores de un mes, o de quienes nos han visitado varias veces durante los últimos años, para dictar conferencias o seminarios de menor duración. En 1967 Tomás Moro



Simpson (Buenos Aires), que repitió su visita en tres ocasiones posteriores, y Ernesto Garzón Valdez (Buenos Aires), quien volvió en 1971 por un plazo de tres meses. En 1968 Mario Bunge (McGill), que volvió en 1974, antes de hacerse miembro del instituto, y Juan A. Nuño (Caracas), que regresó en 1971. En 1970 Eduardo Rabossi (Buenos Aires), que repitió su visita seis años después; Philippa Foot (Oxford), que volvió en dos ocasiones posteriores; y Héctor-Neri Castañeda (Bloomington), quien regresó en 1977. Para 1973 estuvieron en el instituto Jean Van Heijenoort (Brandeis), y Carlos Alchurrón (Buenos Aires), que volvió además en otra ocasión. Durante 1974, estuvieron en el instituto Michael Gareth Evans (Oxford), y David Pears (Oxford), que volvió en otra ocasión. En 1975, Gilbert Harman (Princeton). En 1977, Thomas Nagel (Princeton), Mark de Bretton Platts (Oxford), y Jesús Mosterín (Barcelona).

Entre los profesores extranjeros que permanecieron por plazos más breves o dictaron lecciones de manera ocasional, hay que recordar a los siguientes: Juan Llambrías de Acevedo (Montevideo), José Luis Aranguren (Madrid), Paul Weiss (Yale); Andrés R. Raggio (Sao Paulo), Augusto Salazar Bondy (Lima), Jorge Bacqué (Buenos Aires), Paul L. Helmer (Yale), Teddy Brunius (Upsala), Francisco Miró Quezada (Lima), Henri Buch (Bruselas), Risieri Frondizi (Carbondale), Russel L. Ackoff (Pensilvania), Boris Abba (Friburgo de Brisgovia), Arturo Ardao (Montevideo), Eugenio Bulygin (Buenos Aires), Gerhard Funke (Mainz), Juan J. González Covarrubias (Michigan), Roberto Vernengo (Buenos Aires), Carl Ginet (Cornell), Luis Legaz Lacambra (Madrid), Davis Sobrevilla (Lima), Sidney Shoemaker (Cornell), Joseph Raz (Oxford), Georg Henrik von Wright (Helsinki), Michael Dummet (Oxford), Joseph D. Sneed (California, Santa Cruz), Reinhardt Grossman (Bloomington), John McDowell (Oxford), y Peter F. Strawson (Oxford).

La contrapartida de esta actividad ha sido la participación de los investigadores mexicanos en los congresos internacionales, así como sus visitas a las universidades extranjeras para cursos y conferencias, sobre todo en Estados Unidos y en Europa, pero también en varios países sudamericanos

y en Rusia. Semejante tarea ha sido cumplida más bien a título personal, por lo que no cabe reseñarla aquí. Empero, la manera más natural de participación del instituto en la vida filosófica son sus publicaciones, sobre las que hay que decir todavía dos palabras.

— VI —

La historia del instituto bien podría contarse a partir de sus empresas editoriales, lo mismo por las publicaciones que son el resultado de las investigaciones de sus miembros, que por las ediciones de libros extranjeros y de autores clásicos, necesarias para la enseñanza de la filosofía y el conocimiento de sus problemas. La primera publicación fue el *Boletín Bibliográfico*, iniciado en octubre de 1940, que dejó de aparecer en 1943. Prácticamente el boletín desapareció con el surgimiento de la *Revista de Filosofía y Letras*, órgano de la Facultad que durante 18 años dio cuenta de la creación filosófica mexicana, fundado por dos miembros del antiguo Centro de Estudios Filosóficos: Eduardo García Máynez y Eduardo Nicol. Las mismas personas que en 1955 fundaron *Diánoia*, *Anuario de Filosofía*, que hasta la fecha sigue apareciendo como órgano del instituto. La publicación de *diánoia*, en colaboración con el Fondo de Cultura Económica, marca la fecha de la "institucionalización" de las ediciones del instituto. Con anterioridad, había publicado traducciones de textos clásicos en colaboración con El Colegio de México; había intentado una serie de monografías con la Compañía General de Ediciones; y otra colección de obras filosóficas con la Editorial Stylo; además de las ediciones conmemorativas del cuarto centenario de la Universidad Nacional.

A partir de 1955, como una prolongación de *Diánoia*, el Fondo de Cultura Económica empieza a publicar los libros de la *Serie de Diánoia*, que recogen los trabajos de los investigadores. Y al fin de esa misma década, se inician, dentro de la imprenta de la Universidad Nacional de México, dos colecciones: la de *Filosofía Contemporánea* y los *Cuadernos del Centro*. En los últimos doce años el instituto ha podido mantener el ritmo de ediciones

que había venido sosteniendo, desde la década de los cincuenta, en la producción de libros de las tres series nombradas y ha publicado el anuario con toda puntualidad. Además, ha creado dos nuevas series y ha incrementado las ediciones periódicas.

La serie de *Diánoia* publicó en 1966 *Sócrates y el socratismo* de Antonio Gómez Robledo, antiguo investigador del Instituto y, en 1974, *Platón. Los seis grandes temas de su filosofía*, del mismo autor. En 1970 apareció el libro póstumo de José Gaos, *Del Hombre*, en edición preparada por Fernando Salmerón con la colaboración de Elsa Cecilia Frost. En 1971 apareció *Experiencia jurídica, naturaleza de la cosa y Lógica "razonable"*, de Luis Recaséns Siches. Finalmente, se publicó en 1975 el libro de Bernabé Navarro: *El Desarrollo fichteano del idealismo trascendental de Kant*.

En la serie de "Cuadernos", se publicó en 1966 el libro de Eugen Fink, *Oasis de la Felicidad*, traducción de Elsa Cecilia Frost. Al año siguiente apareció el texto de E.F. Carrit sobre *Una ambigüedad de la palabra "Bueno"*, traducción de L. O. Hernández Peón. En 1968 se publicó *La filosofía de Fichte y su significación para nuestro tiempo* de Reinhard Laut, traducción de Bernabé Navarro, volumen que reúne dos textos del autor, el primero titulado "*La idea total de la filosofía de Fichte*" y el segundo que lleva en alemán el mismo título que el volumen en español. En 1969 aparecieron tres cuadernos: el de Eugene E. Ryan sobre *La noción de bien en Aristóteles*, traducción de Wonfilio Trejo, el de Alfred North Whitehead, *El simbolismo, su significado y efecto*, traducción de Nicolás Molina Flores, y el libro de Max Bense, *Hegel y Kierkegaard. Una investigación de principios*, traducción de Guillermo Floris Margadant. Después de este libro, la colección modificó su formato y publicó en 1973, *Las condiciones del conocimiento. Una introducción a la epistemología y a la educación* de Israel Scheffler, traducción de Olga Elizabeth Hansberg. En 1975 apareció la traducción de Genaro Carrió y Eduardo Rabossi del libro de Richard M. Hare, *El lenguaje de la moral*. En 1976 se publicaron tres volúmenes de la colección: el libro de Abraham A. Fraenkel sobre *Teoría de los conjuntos y lógica*, traducido por Roberto Caso Bercht, el de Jean Van Heijenoort sobre *El des-*

arrollo de la teoría de la cuantificación, escrito originalmente en español y resultado de un curso dictado en el instituto, y el de Georg Henrik von Wright, *Un ensayo de lógica deóntica y la teoría general de la acción*, traducción de Ernesto Garzón Valdés. El último libro publicado en esta serie fue el de Héctor-Neri Castañeda, *La teoría de Platón sobre las formas, las relaciones y los particulares en el Fedón*, traducido del original inglés inédito por Margarita Valdés. Pero quedaron pendientes de ir a la imprenta porque los traductores quisieron revisar sus textos, el libro de Gilbert Ryle, *Dilemas*, traducido por Hugo Margáin, y el de R. F. Atkinson, *Conducta, una introducción a la filosofía moral*, traducido por María Elena Madrid y Graciela Hierro.

"Filosofía Contemporánea", la colección de formato mayor entre las del instituto, iniciada también por García Máñez en 1959 con Robert S. Hartman como consejero, se dividió en varias series a partir de 1966: monografías, textos introductorios, textos fundamentales y antologías. Entre las monografías se publicó el libro de Paul Arthur Schilpp sobre *La ética precritica de Kant*, traducción de Jerónimo Muñoz y Elsa Cecilia Frost; y quedó casi a punto de irse a la imprenta el *Aristóteles* de I. Düring, traducción de Bernabé Navarro. En la serie de textos introductorios se publicó el libro de Alice Ambrose y Morris Lazerowitz, *Fundamentos de lógica simbólica*, en traducción de F. González Arámburo revisada por José Antonio Robles. Entre los textos fundamentales se publicaron: el libro de Susanne Langer, *Sentimiento y forma*, traducido por Mario Cárdenas y Luis Octavio Hernández; el de Friedrich Waismann, *Los principios de la filosofía lingüística*, traducido por José Antonio Robles; el libro de Gottlob Frege que reúne *Conceptografía. Los fundamentos de la aritmética y otros estudios filosóficos*, traducido por Hugo Padilla; y la *Estética* de Nicolai Hartmann, traducida por Elsa Cecilia Frost. Quedan en la imprenta *Zettel* de Wittgenstein, entregado a la Dirección de Publicaciones de la Universidad desde mediados de 1977, en traducción de Octavio Castro y C. Ulises Moulines; y *Experiencia y Juicio* de Edmundo Husserl, que se entregó en fecha más reciente, en traducción de J. Reuter revisada por Bernabé Na-

varro. Siguen en proceso de traducción, las *Philosophical Investigation* de Wittgenstein y dos libros de Rudolf Carnap: *Der logische Aufbau der Welt* y *Meaning and Necessity*. La serie de antologías de esta misma colección sólo publicó una de las proyectadas: la *Doctrina aristotélica de la justicia*, preparada por Eduardo García Máñez, y quedaron casi terminadas las siguientes: Enrique Villanueva, *Antología sobre el lenguaje privado*; José Antonio Robles, *Antología sobre los universales*; Fernando Salmerón y Eduardo Rabossi, *Ética y análisis*; y Alejandro Rossi, *Existencia y Sentido*.

Fuera de estas colecciones de libros, en otra serie de la Dirección General de Publicaciones, el instituto promovió la edición de la *Ética* de Spinoza, en traducción directa de José Gaos y con un prólogo especialmente escrito para aquella serie. De acuerdo con las indicaciones testamentarias del propio Gaos, el texto de la traducción fue revisado. Octavio Castro López se encargó de ello, y además preparó el glosario.

Es patente la voluntad de continuidad en la tarea editorial iniciada a fines de los años cincuenta, hasta el grado de que alguno de los libros aún en prensa forma parte del proyecto de ediciones preparado por García Máñez y Robert S. Hartman. Pero el mejor ejemplo de esta voluntad es la perseverancia en la edición de *Diánoia*, el anuario concebido en 1955 de acuerdo al modelo de los anuarios filosóficos alemanes de antes de la segunda guerra. *Diánoia* ha seguido siendo el órgano por excelencia de los miembros del instituto, a un tiempo que tribuna importante dentro de la comunidad filosófica hispanoamericana y medio de difusión de textos no publicados previamente en su idioma de origen de filósofos distinguidos de otros países.¹³ La

¹³ Algunos nombres, a manera de ejemplo, pueden dar idea de las colaboraciones de autores extranjeros aparecidas en el anuario en versión española, antes de cualquier publicación en el idioma original:

Karl Otto Apel (Kiel); Reinhart Lauth (Munich); Norbert Hoerster (Maguncia); Reiner Epecht (Manheim); Alain Guy (Tolosa, Francia); Gilles G. Granger (Aix-en-Provence); Norberto Bobbio (Turín); Alberto Filippi (Roma); Adam Schaff (Varsovia); Jitendra Nath Mohanty (Burdwan, India); Joao Paulo Monteiro (Sao Paulo); Miguel Reale (Sao Paulo); Gilbert Hartman (Princeton); Haig Khatchadourian (Los Angeles, California); Patrick Romanell (El Paso Texas); Morris Lazerowitz (Smith College); Alice Ambrose (Smith College); William Kneale (Oxford); Kurth von Fritz (Munich).

publicación de artículos originales —regla sólo violada por alguna excepción— y la calidad académica de sus contribuciones han mantenido el interés y el prestigio del anuario, abierto con generosidad a todas las orientaciones y a todas las maneras de hacer filosofía. Durante 22 años consecutivos, *Diánoia* ha aparecido sin interrupción y sin retraso, y constituye desde hace algún tiempo la publicación periódica de filosofía más copiosa y de más larga vida en la historia de México. Reflejo fiel de la composición del instituto y respetuosa de los intereses filosóficos de sus miembros, *Diánoia* ha sido también la vía normal de relación intelectual con el mundo académico contemporáneo y no ha podido menos de atestiguar los cambios en el desarrollo de la filosofía. Pasado un tiempo —desde una perspectiva mejor—, un análisis de su contenido hará ver su apertura a los nombres jóvenes de la filosofía hispanoamericana y a los temas de investigación filosófica de mayor actualidad. También podrá mostrar un aspecto importante de lo sucedido en la historia de la filosofía en México de estos años.

— VII —

Sin embargo, el giro más característico de la filosofía en México durante los años de este informe queda mejor ilustrado con otra publicación periódica especializada, patrocinada por el instituto: *Crítica, Revista Hispanoamericana de Filosofía*. Ciertamente, el origen de esta revista no tuvo ningún carácter institucional: comenzó a publicarse como una empresa intelectual independiente en enero de

En cuanto a autores de lengua española, además de los nombres ligados al instituto, han colaborado en *Diánoia* en estos años: José Luis Aranguren (Madrid); José Luis Abellán (Madrid); Enrique Tierno Galván (Madrid); Eduardo Nicol (México); José Ferrater Mora (Bry Mawr); Héctor-Neri Castañeda (Bloomington); Rizieri Frondizi (Carbondale); Jorge Enjuto (Puerto Rico); Juan David García Bacca (Caracas); Juan Nuño (Caracas); Ernesto Garzón Valdez (Boon); Carlos Alchurrón (Buenos Aires); Víctor Li Carrillo (Caracas); Juan Llambias de Acevedo (Montevideo); Ricardo Maliani (La Plata); Francisco Miró Quezada (Lima); Luis Enrique Orozco (Bogotá); Antonio Peña Cabrera (Lima); Eduardo Rabossi (Buenos Aires); Tomas Moro Simpson (Buenos Aires); Udo Ruwser (Santiago de Chile); Augusto Salazar Bondy (Lima); Javier Sasso (Maracay); Roberto Bernengo (Buenos Aires); Federico Riu (Caracas); y Mario A. Presas (La Plata).

1967, por iniciativa de tres miembros del instituto —uno de los cuales no lo era en el momento preciso de aparición de los primeros números. La idea de publicar una nueva revista de filosofía, de características diferentes al anuario había sido de Alejandro Rossi, y la habíamos discutido el propio Rossi, Luis Villoro y yo, al menos desde los últimos meses de 1964. Se buscaba una publicación de mayor frecuencia en su periodicidad, más ágil que *Diánoia* para la discusión filosófica y menos interesada en la historia de la filosofía, en el pensamiento latinoamericano tradicional y en los sistemas especulativos. En nuestras primeras discusiones hubo dudas todavía sobre si la orientación de la revista debía reunir la línea más rigurosa y analítica de la corriente fenomenológica, con las direcciones recientes de la filosofía del lenguaje y de la filosofía de la ciencia de tradición empirista. Durante los meses siguientes de 1965, la idea de la revista empezó a madurar, se inició la relación con colegas extranjeros que compartían nuestra manera de encarar los problemas filosóficos y, en el curso de ese año, quedó constituido el primer consejo editorial, dispuesto a reunir las nuevas tendencias surgidas entre las promociones filosóficas más recientes de nuestros países. Los intentos epistolares con los colegas españoles fracasaron, pero quedó establecida una red de colaboración con Tomás Moro Simpson en Buenos Aires; Juan Nuño en Caracas; Augusto Salazar Bondy y Francisco Miró Quezada en Lima; y Héctor-Neri Castañeda, entonces en la Universidad de Wayne. Para comienzos de 1966 estaba listo el material para el primer número de *Crítica*, faltaba la nota editorial que más tarde escribió Villoro, y que Rossi y yo aprobamos casi sin cambios y firmamos junto con él como miembros del Comité de Dirección. En esta fecha, la fenomenología había desaparecido de las preocupaciones de los editores y, por supuesto, no dejó rastro en la presentación de la revista. Solamente los tropiezos financieros, por encima de todas nuestras previsiones, detuvieron la impresión de ese primer cuaderno, que no salió de la imprenta hasta enero de 1967.

Los tropiezos financieros no terminaron con el primer número de *Crítica*, y el trabajo propiamente editorial —correspondencia, selección de material,

corrección de pruebas y distribución—, se fue haciendo cada vez más difícil de cumplir sin ayuda secretarial. Aunque de manera desigual, todas las tareas se repartieron entre los miembros del comité de dirección, pero la revista sufrió retrasos y dificultades a pesar de los subsidios más o menos eventuales de la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Nacional de la Investigación Científica, Petróleos Mexicanos y la Universidad Nacional Autónoma de México, además de las subscripciones de patrocinio de algunos amigos. A partir del número 9, el correspondiente a septiembre de 1969, *Crítica* pasó a formar parte del programa editorial del instituto y la Universidad se hizo cargo del apoyo técnico y de sus compromisos financieros. No obstante, *Crítica* no pudo superar el retraso de dos años en sus entregas de manera que, para septiembre de 1974 apenas se ponía en distribución el cuaderno No. 18, correspondiente a septiembre de 1972. Por varias razones, pero fundamentalmente como estímulo a una nueva generación que se incorporaba al instituto —la de los becarios del programa de formación de investigadores—, se decidió buscar el relevo en la dirección de *Crítica*. En enero de 1975 pareció aconsejable reorganizar el Comité de Dirección que, a partir de esa fecha quedó integrado por cuatro investigadores del instituto de reciente ingreso: Javier Esquivel, Hugo Margáin, José A. Robles y Enrique Villanueva; además de tres profesores argentinos: Raúl Orayen, Eduardo Rabossi y Tomás Moro Simpson (miembros de la Sociedad Argentina de Análisis Filosóficos) Se amplió también el consejo editorial, al cual pasamos los tres antiguos miembros del comité que habíamos sido fundadores, junto con Genaro Carrió y Gregorio Klimousky, dos profesores argentinos que vinieron a ocupar el lugar del antiguo colaborador peruano Salazar Bondy, fallecido poco tiempo antes. La reorganización corrigió igualmente el calendario de aparición de la revista y, aunque continuó con la numeración inicial, a partir del cuaderno No. 19, éste se presentó con la fecha actualizada de abril de 1975.

Desde 1975 la revista aparece con toda puntualidad, ha mantenido un nivel filosófico realmente ejemplar y ha ampliado considerablemente el número de sus lectores. Dentro del intento de dar a

la vida filosófica mexicana un rango de normalidad y de participación internacional, *Crítica* ha sido un instrumento indispensable. En sus páginas aparecen los artículos invariablemente en el idioma en que fueron escritos —con alguna notable excepción—, pero van acompañados de un resumen amplio en un idioma diferente. Esto ha permitido contar —al lado de escritos importantes de lengua española—, con textos originales de algunos nombres notables de la filosofía contemporánea escrita en otras lenguas, por ejemplo: Gilbert Ryle, Willard van Orman Quine, Georg Henrik von Wright, Peter F. Strawson, Max Käsbauer, John Passmore, Arthur N. Prior, G.E.M. Anscombe, Paul Lorenzen, J. CB. Gosling, David Pears y Kail Nielsen entre otros.

Lo que no pudo corregir la reorganización del comité de *Crítica* fue una falla de fondo que poco a poco habíamos llegado a percibir los fundadores: el escaso peso de la revista en la vida cultural hispanoamericana. Una limitación explicable, por otra parte, dado su carácter especializado, pero que de alguna manera valía la pena contrarrestar. Parecía necesaria no sólo la publicación de un mayor número de trabajos en lengua española sino, sobre todo, la discusión filosófica de conceptos más cercanos a la investigación de las ciencias sociales o a las cuestiones morales contemporáneas. Ciertamente, la revista había sostenido un alto nivel teórico, pero ni había realizado la tarea didáctica a que estaba obligada en nuestros países, ni había ofrecido el análisis crítico de la producción intelectual que entre nosotros ocupa el lugar de la verdadera actividad filosófica. No hallaron lugar en *Crítica*, al menos en una proporción importante, ni la filosofía de la historia, ni la filosofía política, ni la filosofía de la educación o la discusión de problemas de filosofía moral de interés inmediato. En mayor o menor grado, nos sucedió a todos los colaboradores más cercanos: preocupados por los criterios técnicos de la revista y por nuestros deberes académicos, descuidamos otros problemas y derivamos la publicación de ensayos críticos y polémicos a otros órganos menos especializados.

Al lado de *Crítica*, el instituto inició otras series de publicaciones que pronto mostraron su utilidad. La más cercana a esta revista se llama justamente

"Cuadernos de Crítica", e intenta poner al alcance de los estudiantes la versión española de textos contemporáneos breves, indispensables para su trabajo escolar. Hasta la fecha se han publicado: *Significado* de H.P. Grice; *Fiscalismo* de Thomas Nagel; *Obligación Jurídica y Obligación Moral* de H.L.A. Hart; *Una visita a Kelsen* de H.L.A. Hart; *¿Es el derecho un sistema de reglas?* de R. Dworkin; y *Derecho y Lógica* de Hans Kelsen. Dentro de la misma serie quedaron en proceso de traducción: *¿Es la falsificabilidad la piedra de toque de la nacionalidad? Karl Popper contra el inductivismo*, de A. Grünbaum; e *Identidad y Necesidad* de S. Kripke. La mayor parte de las traducciones de esta serie de cuadernos ha sido realizada por investigadores del instituto.

El trabajo de los becarios y de los investigadores más jóvenes, que hacían su permanencia como tales en tanto se preparaban para hacer estudios de postgrado en universidades extranjeras, dio como resultado otra serie de publicaciones de igual interés, si bien más limitadas en el número de ejemplares y más modestas en presentación. La "Colección de Estudios Monográficos", impresa en el propio instituto por procedimientos fotomecánicos, aunque encuadrada en la Dirección General de Publicaciones, editó cinco volúmenes entre 1976 y 1977: *La explicación histórica* de Jorge Graue; *Lógica deóntica y modelos semánticos* de Alvaro Rodríguez Tirado; *El programa de fundamentación de la ciencia de René Descartes* de Elia Nathan Bravo; *¿Es la existencia un predicado lógico?* de Alejandro Herrera Ibáñez; y, *Los conceptos jurídicos fundamentales de W. W. Hohfeld* de Alfonso Oñate Laborde. Quedó en proceso de impresión el sexto volumen: *La teoría russelliana de los tipos lógicos* de Luis F. Segura.

Otra de las publicaciones periódicas, iniciadas el año de 1970 y continuada hasta la fecha aunque no con regularidad, es la *Bibliografía Filosófica Mexicana*, publicada en colaboración entre el Instituto de Investigaciones Bibliográficas y el de filosóficas. La intención primera de esta publicación era reunir en un cuaderno anual la información editorial más completa posible sobre los países hispanoamericanos, y su primer número se presentó como un avance y una invitación para esta empre-

sa. Las publicaciones bibliográficas de que disponemos en México prestan escasa atención a la filosofía, y las especializadas en esta disciplina que se editan en otras lenguas, no cubren el campo de la producción filosófica hispanoamericana o lo hacen de manera muy limitada. No fue posible, sin embargo, reunir la colaboración de otros países y el intento ha permanecido como un órgano de información exclusivamente nacional. Cada cuaderno informa sobre todo lo publicado en México durante un año, dentro del campo de la filosofía entendida en su más amplio sentido, lo mismo en libros que en revistas especializadas y generales de amplia difusión. Pero además, a partir del segundo volumen, que apareció en 1971, la información del año correspondiente aparece acompañada de una investigación bibliográfica de otro carácter: la bibliografía directa e indirecta de algún pensador mexicano; el índice de alguna revista especializada en filosofía; o la bibliografía reciente de algún filósofo clásico.

Durante los últimos siete años se publicaron seis cuadernos: *Bibliografía Filosófica Mexicana 1968*; *Bibliografía Filosófica Mexicana 1969*, seguida de la *Bibliografía del Dr. José Gaos*; *Bibliografía Filosófica Mexicana 1970*, seguida de la *bibliografía del Dr. Eduardo García Máynez*, que apareció en 1973; *Bibliografía Filosófica Mexicana 1971*. *Índices de la Revista "Filosofía y Letras" (1941-1958)*, que apareció en 1974; *Bibliografía Filosófica Mexicana 1972*, seguida de la *bibliografía del Dr. Joaquín Xirau*, que apareció en 1975; y la *Bibliografía Filosófica Mexicana 1973*, seguida de la *bibliografía del Dr. Samuel Ramos*, que apareció en 1977. Pero quedaron en prensa otros tres cuadernos: el correspondiente a 1974, seguido de "Nietzsche en la actualidad", un estudio bibliográfico preparado por el doctor David Sobrevilla, de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; el correspondiente a 1975, seguido de la bibliografía del doctor Robert S. Hartman; y el correspondiente a 1976, seguido de los *Índices de Diánoia (1955-1977)*. Toda esta labor, de compilación, de clasificación, de cuidado de las ediciones, ha requerido el esfuerzo de muchas personas a lo largo de los años. No hubiera sido posible sin la ayuda de los becarios que al principio tuvieron a su cargo la tarea de

compilación, especialmente Alejandro Herrera y María Elena Madrid. Finalmente, de quienes prepararon los últimos cuadernos que se encuentran en prensa: Gertrudis Diestel y María Elena Madrid.

En todo caso, el trabajo editorial del instituto —tanto para libros como para publicaciones periódicas—, ha contado con la ayuda inestimable de algunos de sus investigadores: Robert S. Hartman, que fue durante un tiempo consejero de publicaciones; Alejandro Rossi, Bernabé Navarro, que en diversos momentos desempeñaron la secretaría académica del instituto. Hugo Padilla, Jorge Graue y Javier Esquivel. Y, por supuesto, de aquellas personas que desde sus cargos de técnicos académicos colaboraron en las ediciones: Elsa Cecilia Frost, Ana María Richter, Margarita Valdés y Deborah Triol.

— VIII —

Durante los últimos doce años, han convivido en el instituto tres generaciones de investigadores en un intento de colaboración intelectual —si no damos al término generación un significado demasiado estricto. La de los fundadores, la mayor parte de los cuales dejaron el instituto en este periodo, por fallecimiento, o por renuncia o retiro. La de aquellos, menores de 60 años pero mayores de 45 en la fecha de este informe, que en este periodo llevaron el peso de las responsabilidades, ya en las cuestiones editoriales y de docencia, ya en las de dirección. La mayoría de los miembros de este grupo se incorporó al instituto dentro de los últimos doce o catorce años, pero su formación fue por completo ajena al mismo. Finalmente, la generación de más reciente ingreso —menores de 40 años—, formados casi en su totalidad dentro de los programas del instituto y cuya etapa productiva comienza ahora.

En términos generales y dejando a un lado casos de excepción, pueden señalarse como características de la segunda generación las siguientes: fue educada en el estudio de las corrientes filosóficas alemanas de este siglo —la fenomenología, el historicismo y el existencialismo—; trabajó la historia de la filosofía como una disciplina con interés propio; y se mantuvo abierta ante los planteamientos del marxismo de una manera permanente. En los

últimos años, esta generación ha vivido en carne propia este intento de pasar del tratamiento de textos y doctrinas al de los problemas propiamente dichos, que es la vuelta al empirismo y a la filosofía analítica —en verdad la última vuelta del camino en la filosofía hispanoamericana. La vida del instituto en estos años ha tenido que responder a tal experiencia.

Pero no es exagerado suponer que la experiencia filosófica a que se alude, haya contribuido a que esta generación operara, dentro de la vida interna del instituto, como núcleo de equilibrio y contrapeso frente a puntos de vista más extremos, en provecho de una más sana vida institucional. En estos términos la misión de este grupo de investigadores ha sido la de consolidar las formas de la vida académica; establecer canales permanentes para la formación de los nuevos investigadores; mantener la continuidad de los programas editoriales sin renunciar a la innovación, y reforzar las relaciones internacionales. En otras palabras, estos doce años de vida del instituto pueden resumirse como el esfuerzo por alcanzar, en la producción filosófica, una etapa de normalidad colectiva —no dependiente de modo exclusivo del genio personal—, y de intercambio regular con la filosofía internacional en su más estricto sentido.

Interesa dejar bien clara la naturaleza del esfuerzo —no importa, en cambio, establecer el nivel de los logros. Si éstos existen serán vistos como normales por todos aquellos que no participaron en su realización —y tampoco se harán más notables con el tiempo. Lo que crece con el tiempo son justamente los desaciertos y las fallas.

Una nueva generación queda ahora a cargo de las tareas del instituto: la formada en estos doce años, con los programas del mismo y en las condiciones que nosotros contribuimos a crear. Pero por esto, nuestras responsabilidades no han cesado por completo. El trabajo de los más jóvenes reflejará una experiencia que ya no es la nuestra, y reflejará también, en alguna medida, las fallas de nuestro esfuerzo. En este punto, los que ahora nos retiramos somos responsables de los errores que cometa la nueva generación —pero tenemos derecho también, en no menor medida, a sentirnos partícipes del éxito de su empresa.